

Santa María y Gea

Â Â

Â Â Santa MarÃ-a y la Madre Tierra

AnÃlisis de "Los Misterios de la Obra Divina" Â Â Â En la vida solemos leer de todo un poco y en ese transitar literario, confluyen ante nuestros ojos escritos singulares y de contenido sorprendente.Â Tal es el caso de "Los Misterios de la Obra Divina", bibliografÃ-a compendiada de un curso dictado por el seÃor Kabaleb, en los aÃos noventa en EspaÃa; denominaciÃn personal que indiscutiblemente nos suena a pseudÃnimo.Â Mas hagamos un poco de historia. Un aÃo atrÃs, un editor de EspaÃa tuvo la gentileza de enviar a quien escribe en carÃcter de obsequio, un volumen de 800 pÃginas, texto Âste donde se analiza la lectura de los evangelios bajo una connotaciÃn esotÃrica, al tiempo que se los combina con la Kabbalah, las letras hebreas, el Ârbol de la Vida y algunos elementos zodiacales. Hay una tendencia "Juanista" que nos acompaÃa desde el principio al fin de estos aludidos Evangelios. Juan encarna en ellos "la voz" del despertar de los hombres del Tercer Milenio. Es un heraldo de Nuestro SeÃor, al menos asÃ- lo pude interpretar.Â El autor nos dice que los evangelios que admite la tradiciÃn son cuatro, como cuatro son los elementos y cuatro son las letras que forman el nombre divino Yod-He-Vav-He.Â De acuerdo al estudioso escritor, el Evangelio de San Juan corresponde al fuego (cuatro elementos) el de San Lucas es el Evangelio del agua, el de San Marcos se enmarca como el Evangelio del aire y el de San Mateo es el Evangelio adjudicado a la tierra. El primero de los nombrados estÃ destinado a producir la revelaciÃn, el segundo se dirige a los sentimientos, el tercero a la razÃn y el cuarto es un compendio de los tres primeros. Se presentan a la lectura en orden inverso, porque como es sabido, la lengua sagrada se escribe en sentido contrario a la profana, de derecha a izquierda, de modo que el Âltimo es el primero.Â La Orden del Temple tuvo una vida oficial de 194 aÃos, de 1118 a 1312. Durante esos casi dos siglos, 22 Grandes Maestres se sucedieron en la direcciÃn de la Orden. Ese nÃmero 22 nos hace pensar, y el lector conocedor de las teorÃ-as de los nÃmeros no se asombrarÃ de lo que sigue: Son 22 los Arcanos Mayores del Tarot, son 22 las letras del Alfabeto Sagrado o alfabeto hebreo y son 22 asimismo las letras del alfabeto mÃgico de la R + C PitagÃrica y Templaria. Dicho lo anterior, el nÃmero 22 forma pues un todo y ocupa un lugar importante en los ciclos ocultos de la humanidad. Pero prosigamos.Â Tenemos que el Antiguo Testamento contiene, siempre de acuerdo a Kabaleb, nuestra historia espiritual pasada, mientras que el Nuevo Testamento posee el relato de nuestro desarrollo espiritual por venir, encarnado por la revelaciÃn de la Palabra de Cristo. De este modo debiera ser si las pautas previstas por la Divinidad hubieran sido vividas sumisa y ordenadamente por el hombre, pero habiendo cortado AdÃn las amarras que lo unÃ-an a dicha divinidad, la evoluciÃn tal cual la conocemos ha sido vivida a tropicones, dando consiguientemente un paso adelante y dos hacia atrÃs.Â Uniendo importantes conceptos una cosa queda bien en claro y es que lo simbÃlico siempre deja su sedimento, cala hondo y a la postre descubrimos que contiene manifestaciones que en su momento no supimos discernir las que, con el correr del tiempo y algunos anÃlisis de por medio se nos presentan mÃs clarificadas. Una de ellas es cuando entendemos que el sÃmbolo estuvo siempre allÃ-, inmutable, y que, en tal carÃcter, tal vez fuimos nosotros quienes no lo supimos ver. AsÃ- como al leer un libro muchas veces se nos impone establecer alguna interpretaciÃn propia, pues notamos que el autor no nos lo ha dicho todo, prefiriendo por el contrario lanzarnos en su mar de letras hacia un final abierto, (lo que equivale a hacernos razonar mediante suposiciones) ocurre algo similar al observar una pintura y hacerlo empleando un sentido artÃstico, extrayendo el detalle mÃs insignificante de sus sucesivas capas, de sus discretos fondos y sombreados, para finalmente sopesar el colorido alquÃmico a fin de entender al autor de la tela y su posible mensajeÂ -(no olvidemos que los escultores y pintores de la antigÃedad debÃ-an presentar sus obras a un mundo que por lo general no leÃ-a, sÃ- en vez las apreciaba por lo que Âstas podÃ-an transmitirle)- de igual modo sucede con las interpretaciones diversas de los Evangelistas respecto de la Palabra Divina. AsÃ-, hasta con un marcado sentido artÃstico, hermanada en la Kabbalah, las letras hebreas y el Ârbol de la Vida kabalÃstico, entiendo quiso desmenuzar dicha Palabra, para que no cupiesen ya mÃs dudas, el mencionado autor Kabaleb.Â Â Â Â Â¿Y quÃ conclusiÃn extraemos a lo largo del fluir de todo este manantial de literatura religiosa? Me refiero a los Evangelistas con sus narraciones ora coincidentes ora diferentes entre ellos, lo aportado por escritos de Santos y estudiosos de la TeologÃ-a, el reiterado y para muchos, ultramodernista autor Kabaleb y una legiÃn interminable de estudiosos que han deseado alcanzarnos su verdad, interpretaciÃn de la misma o testimonioÂ¿Al entender de quien escribe, nos legan la enorme responsabilidad de bucear en esta diversidad interpretativa de lo sagrado, el esforzarnos por extraer su contenido al mÃximo, el analizar si exceden al tiempo en que axiomas y reflexiones fueron desplegados, el extraer la sutil gama de tenor metafÃrico de tantos y tantos escritos y, por si ello no bastase, descubrir quÃ parÃbola y / o metÃfora se nos grabÃ a fuego y por quÃ.Â Concluido el recorrido y con la inestimable ayuda de la fe, el trabajo estÃ acabado y sentimos que no somos simples repetidores de versÃculos ni recitadores de una historia o cultura impuesta, cualquiera que ellas sean. Muy por el contrario, se trata de algo sustancialmente "incorporado" en mente y alma que nos es tan propio como el respirar. Llegamos a la conclusiÃn que nuestro esfuerzo no fue en vano y que merced a Âl, somos depositarios del "mensaje", cualquiera sea su Ândole, dado lo cual, nos serÃ mÃs fÃcil su transmisiÃn a travÃs de una cabal interpretaciÃn.Â Pero regresemos al tan particular autor que hoy nos ocupa y algunas de las partes extraÃ-das de su extenso libro. Es tarea de cÃ-clopes lograr una discreta revisiÃn del mismo, tal la riqueza y abundancia de su contenido. Ya casi al final de la obra, el intÃrprete de los evangelios reconocidos como oficiales por la iglesia catÃlica y por Âl analizados a la luz del tercer milenio, nos dice:Â "Estaban junto a la cruz de JesÃs su Madre y la hermana de su Madre, MarÃ-a la de CleofÃs y MarÃ-a Magdalena. JesÃs, viendo a su Madre y al discÃpulo a quien amaba, dijo a la Madre: Mujer, he aquÃ- a tu hijo. Luego dijo al discÃpulo: He aquÃ- a tu Madre. Y desde aquella hora el discÃpulo la recibÃ en su casa (Jn. 19, 25-27). Hemos visto que el Ânico discÃpulo que siguiÃ a JesÃs hasta la cruz fue Juan, en cambio allÃ- estuvieron tres mujeres, tres MarÃ-as representantes de la fecundidad en los tres mundos en que se desarrolla la acciÃn de Cristo, los llamados mundos de la acciÃn, de la formaciÃn y el de la creaciÃn.Â La

reflexión se impone: La naturaleza femenina acompaña a Jesús hasta el final para asegurar la fecundidad de su Obra... El carácter simbólico de las palabras de Jesús aparece claramente si tenemos en cuenta que en ningún momento se nos dice que el Maestro ejerciera una actividad lucrativa como para hacer vivir a una familia y, por otro lado, se nos habla de los siete hermanos de Jesús (el término semítico para hermano, sea en hebreo o en arameo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, designa a cualquier familiar sanguíneo cercano colateral, sin adquirir el mismo sentido que en nuestra lengua donde hermano designa al hijo de un mismo padre o madre) a los que María podía recurrir, no necesitando por ende que Juan la recibiera en su casa. ¿Estaba Jesús encargando a Juan lo más sagrado que como Hijo de Dios y Hombre encarnado entendía que debía preservarse a toda costa? ¿Era el Maestro tan apegado a su familia terrenal?.. El autor entiende que aquello que el Maestro encargó al discípulo amado, colosal tarea si se quiere, al único de entre todos sus seguidores que lo siguió hasta el final, fue nada más ni nada menos que "la manutención y el cuidado de la Nueva Tierra Madre que el derramamiento de Su sangre iba a producir". Así, esta Nueva Tierra Madre en la cual florecerá la nueva humanidad crística, fue al fin recibida en casa de Juan, del mismo modo que esa Tierra Virgen, esa María a Purísima, vive en casa de Juan. Y quien escribe agregar a ¿Quién representa Juan entonces? Pues bien, acaso a la luz de todo lo expuesto sea muy simple discernirlo: Juan encarna el interior genuino de cada uno de los seres humanos, su recinto sagrado, su quintaesencia, lo intransferible de cada quien, aquello inmodificable con lo cual venimos al mundo, que por propio nos lo llevamos por encima de posesiones y ropajes, como nuestro intransferible sello al momento de partir. Ergo, estamos hablando del Alma. Dando por descontado lo que Juan representa, ya no hay misterio en estas palabras. Juan, el revelador de los cambios a producirse en el mundo al instalarse el Reino de Cristo, mantendrá, cuidará y alimentará la Nueva Tierra tal cuál le fuese encomendado por el Salvador. Un mundo nuevo deberá despertar luego del derramamiento de Su sangre, como ya se ha comentado. Al igual que "nos acota el autor" que Juan lo hizo, debemos considerar que el ruego de Jesús ya clavado en la cruz se dirige a cada uno de nosotros y todos debemos ser cuidadosos de esta Nueva Tierra, de esa Madre Eterna que Cristo nos legó al final de su itinerario. Debemos ser los guardianes de esa especial María, los custodios de su pureza, los soldados celosos de la fertilidad del legado divino a fin que, de sus santas entrañas pueda nacer la Nueva Humanidad, la muy esperada humanidad portadora del Cambio. En la Mitología vemos que cada personificación de la espiritualidad tiene su propia "tierra" o esposa. Así, la parte femenina de Urano, primer dios del Olimpo, se llama Gaia. La parte femenina de Kronos-Saturno, el segundo rey del Olimpo, se denomina Rea y la parte femenina de Zeus-Júpiter, el tercer rey del Olimpo, es conocida como Hera. Las culturas aborígenes también nos hablan de la Pachamama o Madre Tierra a quien debemos salvaguardar. Contrariamente a los dioses enumerados más arriba, Cristo murió sin dejar esposa puesto que en el mundo unitario que vino a preconizar desaparece la dualidad, lo blanco-negro, el día-noche, y, por consiguiente, desaparece también lo masculino-femenino. Cristo entonces nos lega el cuidado de su Madre, de la Tierra Fértil interior, y nos instituye como guardianes de lo intrínseco-sagrado de cada uno. La Tierra que Él deja no es la mujer-esposa, o sea la polaridad negativa de su propia personalidad, dado que lo positivo y lo negativo están fundidos en Él, sino la Madre, la Esencia Primordial sin la cual nada puede existir. La Madre existió antes de que el mundo fuese mundo. Estaba y estará. En nuestro sistema solar, ya fuera de lo interior de nosotros mismos, la Madre es el Universo, todo lo creado y por crearse y en la Mitología, la Madre Primordial fue Gaia quien dio vida por sí sola a Urano. Breve, representa el antes, ahora y después de toda existencia imaginable por el hombre. Es, se podrá argumentar, la creación más perfecta del Eterno, su máxima Expresión. Al final, las inevitables preguntas surgen: ¿Es correcto todo lo expuesto por Kabaleb? ¿Ha divagado el autor espaldas? ¿Podemos sacar en limpio algunas secciones de su extenso compendio y descartar otras?... La respuesta corresponde al lector y solamente a él. El mensaje de la Verdad no puede ser masificado y de esta manera, nuestra voluntad de discernimiento y aprobación sabrá qué parte de su interpretación le calza hondo o no. Finalmente, quizá sea nuestro comportamiento futuro como resultas de la interpretación de la Divina Palabra, provenga ésta del autor o evangelista que provenga, el que abrirá el Arca de los Misterios en su justa medida. Al Uno se llega por uno mismo, eso es innegable. Mary-Su Sarlat